

# **EXPERIENCIA: EL INSTRUMENTO PARA UN CAMINO HUMANO**

Asamblea Internacional de Responsables  
de Comunión y Liberación

---

L A T H U I L E , A G O S T O 2 0 0 9

**HUELLAS**

En portada: Vasili Kandinski, *El lago*, (1910), Galería Tretyakov, Moscú

Suplemento de la revista *Huellas - Litterae Communionis*, nº8, septiembre 2009

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN

Impresión: GRÁFICAS ENAR

## INTRODUCCIÓN | JULIÁN CARRÓN

*Martes 18 de agosto, noche*

Al comienzo de un gesto como el que ahora empieza, la Asamblea Internacional de Responsables, nuestra mayor necesidad es recibir el poder del Espíritu, la energía de Cristo, la única capaz de hacernos cambiar, de introducir la novedad en nuestros huesos, en cada fibra de nuestro ser.

Todos nosotros sabemos cuán necesitados estamos de esta energía: cuanto más conscientes somos de la desproporción de nuestros recursos, tanto más conscientes somos de que necesitamos algo más grande que nuestras intenciones y que nuestra buena voluntad, y por eso urge dentro de nosotros una súplica al Espíritu, para que la energía de Cristo entre en nuestra vida y nos haga estar disponibles a la gracia que el Señor quiera darnos en estos días.

### *Desciende Santo Espíritu*

Al pensar en el recorrido que hemos hecho a lo largo de este año y en el contenido de los Ejercicios de la Fraternidad para poder comprender cuál es la mayor urgencia que siento en relación a todos nosotros, al movimiento en todos los niveles, y al mirar la situación en la que nos encontramos, en la que somos llamados a vivir la fe, el contexto cultural en el que nos hallamos inmersos, la palabra sintética que me viene continuamente a la mente es “confusión”. Hemos comprendido algo del origen de esta confusión cuando hemos dicho, en los Ejercicios de la Fraternidad, que no se trata sino de la consecuencia del desmoronamiento de las «antiguas certidumbres» que lleva cada vez más a un extravío<sup>1</sup>. ¡Cuántas veces nos hemos sentido perdidos, sin saber cómo afrontar ciertas cosas o cómo vivir ante ciertas situaciones!

<sup>1</sup>J. Carrón, «De la fe nace el método», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímimi 2009, supl. a *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio 2009, p. 17.

Únicamente si somos capaces de ayudarnos a comprender esta situación y a responder a la urgencia que ella provoca en nosotros, podremos marcharnos después de estos días con un poco más de claridad, podremos vivir mejor todo lo que la vida nos pide que afrontemos, y podremos asimismo contribuir al bien de nuestros hermanos los hombres. Ante esta situación, todos nos damos cuenta de que ya no nos basta, como no les basta a muchos de nuestros hermanos, la repetición de un discurso, por muy justo que sea. Por utilizar una expresión de don Giussani: la repetición de un discurso correcto y limpio. Lo decía hace años: «Se transmite un discurso correcto y limpio, algunas reglas sobre cómo ser cristianos y hombres. Pero sin amor, sin el reconocimiento del Misterio vivificador, el hombre se apaga y muere. Nuestra esperanza, la salvación de Cristo, no puede ser algo que hemos leído y sabemos repetir bien. Un discurso más o menos edificante o moralista: el anuncio se reduce a esto con mucha frecuencia»<sup>2</sup>.

Y esto también lo sabemos nosotros: no nos basta saber qué es el matrimonio para que se mantenga en pie, no nos basta saber qué es el trabajo para que no se convierta en una tumba, no nos basta saber que las circunstancias son una ocasión para que no se conviertan en una derrota... Ya no nos basta, y lo sabemos bien: ¡este dualismo no responde a la verdadera necesidad que tenemos! Hemos repetido muchas veces la palabra justa, pero esto no nos permite mantenernos en pie, no nos hace respirar.

Necesitamos ver ante nosotros personas que, por su forma de estar, por su forma de afrontar la realidad, de reaccionar ante las provocaciones de la vida, introducen una luz, una claridad en medio de la confusión por cómo viven el afecto, el trabajo, las circunstancias. Es ahí, en el modo de afrontar los desafíos cotidianos, donde nosotros verificamos si tenemos algo que nos ayuda a vivir (algo que nos da un gusto más intenso a la hora de vivir), o si estamos desarmados como los demás. Necesitamos personas que encarnen hoy una posibilidad real de vivir la vida como hombres. Cuando nos encontramos ante alguna de estas personas, es como si

<sup>2</sup>L. Guissani, *Un caffè in compagnia. Conversazioni sul presente e sul destino*, Milán, Rizzoli 2004, pp. 173-174.

ese extravío, esa confusión comenzase a ser vencida: estas personas empiezan a hacernos compañía aunque vivan lejos, y se convierten verdaderamente en una compañía real.

Esto responde a lo que siempre nos enseñó don Giussani, y que repitió en una de las últimas entrevistas que concedió, realizada para el *Corriere della Sera* el día de su último cumpleaños: «En primer lugar hay que rectificar el planteamiento con el que normalmente se concibe la fe. El inicio nuevo que la experiencia cristiana supone en el ámbito de todas las relaciones no nace de un punto de vista cultural, como si fuera un discurso que se aplica a las cosas, sino que sucede experimentalmente [experimentalmente: son las personas que en estos años hemos llamado testigos]. El comienzo de la fe no es una cultura abstracta, sino algo que viene antes: un acontecimiento. La fe toma conciencia de algo que ha acontecido y que acontece, de una realidad nueva de la que, concretamente, parte todo. Es una vida y no un discurso sobre la vida»<sup>3</sup>. Una vida que vemos vivir ante nosotros, que vemos respirar ante nosotros en las circunstancias, en la trama normal de la existencia.

Pero no basta el testigo. El testigo nos muestra una posibilidad real de vivir de forma más humana las circunstancias a las que se nos llama, y por ese motivo nos impresiona; pero no es suficiente, porque cada uno de nosotros (yo, tú) necesita que suceda lo mismo en su vida, en las circunstancias que se ve obligado a afrontar, es decir, necesita vivir como experiencia personal aquello que el testigo nos muestra. ¡De esta forma llega a ser mío! Necesitamos una evidencia en nuestra propia experiencia, porque cada uno de nosotros debe afrontar las circunstancias personalmente, la vida, y necesita ver que puede vivirla de otra forma, que la confusión puede ser derrotada, que la muerte no es el destino de toda circunstancia. Si no es así, nos hundimos en las circunstancias, y utilizamos las frases de don Giussani como epitafio sobre nuestra tumba... Lo he podido percibir en la forma en que muchas personas han hablado del pasaje de los Ejercicios de la Fraternidad que se refiere a las circunstancias («Las

<sup>3</sup> G. G. Vecchi, «Io e i ciellini. La nostra fede in faccia al mondo», en *Corriere della Sera*, 15 de octubre de 2004, publicado con el título «El compromiso de Dios ante la soledad brutal del hombre», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 10, 2004, pp. 1-3.

circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama; no son un factor secundario»<sup>4</sup>): todos lo repiten, pero, ¿cuántas veces habéis visto y oído que las circunstancias han sido verdaderamente un factor esencial de crecimiento del yo, de la posibilidad de respirar ante la vida (y no sólo un lamento, la tumba sobre la que se pone el epitafio de la frase)? Porque si no experimentamos esto, nos volveremos cada vez más escépticos. Sin embargo, yo tengo que poder ver en mi experiencia la evidencia de la verdad: no me basta la experiencia del testigo, debo experimentarlo yo en primera persona, necesito que me suceda a mí.

Releyendo hace unos días algunas páginas de *Certi di alcune grandi cose* (1979-1981), uno de los libros publicados en los últimos años que reúne los *èquipes* del CLU, me impresionaba la insistencia de don Giussani en este tema ya en 1980, cuando afirma que si aquello que intuyo y presiento como un valor a través del testimonio de otro no lo verifico a través de un compromiso personal, experimentándolo en primera persona, antes o después dejará de interesarme. E insistía sobre una de sus preocupaciones fundamentales: que la vida se convierta verdaderamente en un camino, y que todo sirva para llegar a la certeza, para alcanzar cada vez más una certeza que permita que la vida crezca. «A los sesenta años, uno puede haber probado todo lo que se puede probar, pero no por ello es necesariamente una persona “experimentada”; la experiencia es la capacidad de comparación con el ideal. Si no es así, uno no hace experiencia de nada, y vive con la actitud característica de muchos viejos, llenos de vacío y de nada»<sup>5</sup>.

Mi mayor deseo con respecto a mí mismo y a cada uno de vosotros es que no seamos como estos viejos llenos de vacío. Y la única posibilidad es hacer experiencia de lo que nos decimos para que la vida no pase en vano. Mirad qué corrección hacía don Giussani en 1980: «Hasta ahora hemos dicho: “De la experiencia al juicio”. Propongo que esta fórmula sea sustituida por el eslogan “Pasemos de hacer el movimiento a la experiencia del movimiento”. Decir “Pasemos de hacer el movimiento a la experiencia” coincide con la

<sup>4</sup> L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61.

<sup>5</sup> L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose* (1979-1981), Bur, Milán 2007, p. 148.

cuestión de la personalización. Que hacer el movimiento se convierta en experiencia tuya y mía [¡lo que le apremia constantemente es que se vuelva nuestra, se vuelva tuya y mía!]: la clave de este paso es el juicio. ¿Cómo se produce este paso? Comparando todo lo que hacemos con el ideal, es decir, haciendo un juicio. [...] Porque el juicio es lo que permite que se vuelva experiencia algo que se hace. [...] ¿Qué quiere decir juzgar? Quiere decir comparar lo que se hace con el ideal reconocido. ¿Cómo sucede esto? Sucede cuando el ideal es como un peso, en el sentido del peso específico de un metal. Es un peso, una memoria, un gusto que uno tiene dentro de sí cuando besa a una chica o cuando le echa el ojo en el supermercado a algo que puede llevarse, o cuando vuelve a casa y sus padres se están peleando, o cuando faltan diez días para el examen y se pasa todo el día delante del libro. [...] Es necesario seguir a las personas vivas. ¿Quién es una persona viva? Persona viva es aquella que, lo sepa o no, sea consciente o no, tiene dentro de sí este peso [este gusto]»<sup>6</sup>.

A lo largo de este año, la Escuela de comunidad, todas las circunstancias que hemos tenido que afrontar y los Ejercicios de la Fraternidad, han estado ante nosotros como peso específico, como un gusto que se nos ha comunicado: ¿qué experiencia hemos hecho de esto? Estamos aquí para ayudarnos a juzgar, a comprender mejor, a ofrecernos unos a otros el testimonio de esta experiencia, para que se incremente el gusto, para derrotar juntos la confusión, no añadiendo palabras nuevas, sino como testimonio de la victoria, del gusto que Cristo introduce en la vida. Porque si esto no se convierte en una experiencia verdadera, no creceremos en la certeza de la fe, la fe no llegará a ser para nosotros ese conocimiento verificado en la experiencia capaz de introducir una novedad en cualquier cosa que vivamos.

Nos hallamos, por tanto, ante unos días de trabajo, de trabajo personal, de trabajo entre amigos, de trabajo juntos. Sería una lástima desperdiciarlos. El tiempo que se nos da, completamente libre, es para hacer este trabajo, porque estamos aquí para que se vuelva cada vez más nuestro aquello que nos decimos.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 149-150.

*Jueves 20 de agosto 2009, mañana*

## 1. LA REDUCCIÓN DE LA EXPERIENCIA

¡Es impresionante la ayuda que nos ofrece la Iglesia en cada momento! Bastaría con que estuviésemos con todo nuestro “yo” ante lo que sucede, ante lo que decimos, para que aprendiésemos otra forma de relacionarnos con la realidad, otra mirada sobre la experiencia. Porque todas las dificultades que han salido a la luz, y que ahora miraremos cara a cara, son desafiadas por el testimonio que los profetas han dado a lo largo de la historia, y que la Iglesia vuelve a proponernos cada mañana para abrir nuestros ojos y que podamos mirar la realidad tal como es.

No sé si os habéis dado cuenta, pero esta mañana, cuando hemos leído el segundo salmo del profeta Oseas, hemos dicho: «Cuando Israel era joven lo amé, desde Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí. Sacrificaban víctimas a los Baales, y ofrecían incienso a los ídolos. Yo enseñé a andar a Efraím, le alzaba en brazos [esto es lo que me interesaba: no que no sean capaces, que no se adhieran], y él no comprendía que yo le curaba [no es que no tuviesen ante sí los hechos, al igual que nosotros, sino que no entendían que Él les curaba]. Con cuerdas humanas, con correas de amor le atraía; era para ellos como el que levanta el yugo de la cerviz, me inclinaba y le daba de comer»<sup>7</sup>. Pero: «Mi pueblo es duro para convertirse [es decir, no sometían la razón a la experiencia, no comprendían]: llamado a mirar a lo alto, no es capaz de elevar la mirada [es como si estuviesen atrapados, y nadie levantase la mirada para percibir el alcance de lo que estaban viviendo; y al no levantar la mirada y no mirar bien, al no ir hasta el fondo de lo que están viviendo, no comprenden, y por tanto la realidad última permanece extraña para ellos, el fondo último que se hace presente en esos gestos

---

<sup>7</sup> Os 11, 1-4.

permanece desconocido; y ¿cuál es este fondo último?]. ¿Cómo voy a dejarte, Efraím? ¿Cómo abandonarte, Israel? ¿Voy a dejarte como a Admá, y a hacerte semejante a Seboyim? Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas»<sup>8</sup>. El fondo último de la experiencia que tienen es éste, pero ellos no comprenden que Él les cura.

Lo mismo sucede con el canto de Adriana Mascagni. Todos nosotros nos hemos levantado esta mañana, y cada uno de nosotros puede hacer la comparación con lo que ha sucedido desde que se ha levantado hasta que ha llegado aquí. «Dios mío, me miro y descubro que no tengo rostro; miro dentro de mí y veo la oscuridad sin fin. Sólo cuando advierto que tú estás»<sup>9</sup>. No es que no esté; está, pero en el modo con el que nos miramos no se da la conciencia de que está; no me doy cuenta de que estás y, como me falta esto, no renazco; como no vuelvo a escuchar la voz, no renazco. La prueba es que yo renazco. La prueba de que para mí no es sólo una cosa “piadosa” sino algo real es que yo renazco.

He puesto estos dos ejemplos únicamente para que veamos cómo la liturgia o los cantos que hacemos nos desafían constantemente. Pero es como si no fuesen capaces de penetrar la costra que hace que los reduzcamos. Porque el “yo” que lee o que canta ya está reducido, ¡y vive una relación con la realidad que le impide captar la verdadera dimensión de lo que existe!

La cuestión entonces es ésta: ¿cómo nos ayudamos a comprender todo lo que implica la experiencia, de forma que nuestro yo pueda renacer? Porque, amigos, la finalidad de esta ayuda no es hacer disquisiciones intelectuales; la finalidad de esta mirada verdadera sobre todas las cosas, sobre la realidad, es que el “yo” pueda renacer.

El problema es que nos cuesta verdaderamente hacer experiencia (es una de las palabras más usadas entre nosotros, pero menos comprendidas). Todos utilizamos la palabra “experiencia”, pero, como la otra, la palabra “correspondencia”, la utilizamos de forma equivocada, y debemos ayudarnos a desentrañar dónde surgen las

<sup>8</sup> Os 11, 7-8.

<sup>9</sup> A. Mascagni, *Il mio volto*, en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 357.

reducciones, para que podamos comenzar a ser conscientes de ellas. Y para comprenderlo, es necesario partir de la experiencia, ayudarnos a comprender por qué la reducimos, por qué la utilizamos mal, mirando lo que sucede. Si no hacemos esto, prevalece la confusión, y la confusión en la que vivimos se pone de manifiesto precisamente en la reducción que efectuamos de la experiencia, una reducción grave, como nos ha recordado siempre don Giussani, porque debilita o vuelve vano el método fundamental del desarrollo humano, porque la experiencia es el camino del desarrollo de la persona. Es decir: la experiencia es el instrumento que tenemos en nuestras manos para nuestro propio desarrollo, para nuestro crecimiento; pero si lo utilizamos mal o lo reducimos, todo lo que sucede en nuestra vida es inútil, es estéril, no sirve, no incrementa nuestro yo, no desarrolla nuestra persona. Como decíamos en la introducción: uno puede llegar a viejo y estar vacío, aunque haya vivido muchas cosas, porque no ha hecho experiencia de ellas.

Yo tenía que hacer frente a este problema –os lo he contado muchas veces– cuando trabajaba de profesor en un colegio. Por las mañanas, los alumnos llenaban de preguntas la pizarra durante las clases; por la tarde, solía recibir a algún adulto que quería hablar conmigo. Recuerdo a uno en especial, uno al que habríamos podido definir como un hombre “de experiencia”, porque había viajado por todo el mundo, no se había quedado encerrado en la cocina toda la vida, había hecho de todo. Y me sorprendía que este hombre tenía las mismas e idénticas preguntas que los chavales, como si no le hubiese sucedido nada en la vida. Pero los chavales tenían toda la vida por delante; el otro, en cambio, estaba allí, después de haber vivido muchas cosas, pero es como si todo hubiese sido inútil para responder a las preguntas de la existencia. ¿Os dais cuenta? No se trata de expresiones que utiliza don Giussani de forma abstracta; son cosas que te las encuentras tal cual en los rostros concretos de personas que están verdaderamente perdidas después de años de una vida “intensa”. ¿Por qué? Por una reducción de la experiencia: si el método de la experiencia está debilitado, todo lo que sucede no sirve para nada, y crece la confusión, crece el extravío o, peor

aún, nuestra cabeza está llena de los contenidos impuestos por el poder. «La definición de las palabras más importantes de la vida, si está determinada por la mentalidad común, asegura una esclavitud total, una alienación total»<sup>10</sup>. Nosotros no estamos exentos de esto.

¿En qué consisten estas reducciones de la experiencia? Lo hemos visto estos días, lo decimos casi espontáneamente, casi sin una conciencia adecuada. Para nosotros muchas veces la experiencia es sólo algo intelectual, y el juicio algo artificial. Y cuando alguien nos invita a hacer un recorrido, como hace don Giussani, lo percibimos como algo más artificial aún, o bien lo reducimos simplemente al impacto que producen las cosas: contamos los hechos, pero todo se queda ahí, y luego no queda nada. Y esto sucede porque generalmente, también entre nosotros, la experiencia se identifica con la suma de los “impactos”, con la cantidad de momentos vividos, con el *shock* o con las “impresiones recibidas”, que son todas ellas reales –no es que no sean reales–. Hablamos de cosas reales, y por eso muchas veces creemos que estamos recorriendo el camino que nos proponen, porque nadie habla abstractamente, todos cuentan hechos reales. En este sentido hemos dado un paso, gracias a Dios, ¡pero nos quedamos ahí! También podemos identificar la experiencia con las emociones subjetivas, con las “repercusiones sentimentales”<sup>11</sup>. Para nosotros, la experiencia –o, para ser más precisos, aquello que nosotros llamamos experiencia–, o es ciega –experiencia como sinónimo del mero probar–, mecánica –meras sensaciones sin inteligencia, sin juicio: reducción empirista–, o es “subjetiva” (lo cual es peor), es decir, algo sentimental, es lo subjetivo como opuesto a lo objetivo, como si dijéramos: «Yo siento que...», y esto se convierte en la medida de lo que nos sucede (reducción subjetivista: el motivo de la “sospecha” o de la acusación de “modernismo”): *tot capita tot sententiae*. Y así, actualmente nos encontramos tan saturados de emociones como pobres de experiencia. La incompreensión de la palabra “experiencia” se pone

<sup>10</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 126.

<sup>11</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 113.

de manifiesto por la forma en la que habitualmente la oponemos a “juicio” –o “conocimiento”–: allí donde está la una no está el otro, son alternativos. Es la prueba más clara de que tenemos una gran confusión con respecto a ambos términos.

Si para nosotros la experiencia se reduce a esa especie de impacto, de *shock* mecánico, muchas veces el juicio nos parece como algo intelectual, casi añadido. Y justamente por eso muchas veces sentimos el juicio como algo forzado, como algo que nosotros imponemos sobre la realidad, como algo que creamos nosotros. Pensad cuántas veces nos preguntamos por qué debemos llegar a decir Cristo: lo percibimos tan extraño, lo sentimos tan externo a la experiencia que nos parece que tenemos que dar un salto en el vacío, pues nos parece como algo añadido, ajeno a la experiencia que hacemos. ¡Simplemente se convierte en algo forzado! Y, por tanto, en algo intelectual, algo añadido, como un sombrero, a la “experiencia” que vivimos.

Nos hallamos por tanto ante estas dos reducciones: la del empirismo y la del intelectualismo. La experiencia reducida a empirismo y el juicio reducido a intelectualismo. Una concepción intelectualista del conocimiento y del juicio es la otra cara de una concepción empírico-sentimental de la experiencia. Intelectualismo y empirismo van siempre de la mano.

En su intervención en una reunión de responsables, uno de nosotros observaba que el juicio nos parece algo forzado, como si dijéramos: si tenemos que juzgar también las cosas bonitas, las cosas intensas, parece que esto arruina el encanto de lo que vivimos, de alguna manera “priva de poesía” a la experiencia, como si la estropease. Por eso, cuando las cosas han sido interesantes, bonitas, persuasivas, ¿qué necesidad hay de juzgarlas? Hemos disfrutado de ellas y con eso basta. Entonces –decía esta persona– la insistencia con la que muchas veces se nos invita a juzgar parece un incordio. En definitiva, ¿por qué si vivimos una cosa bonita tenemos que juzgarla? Es decir, nos parece que llevamos a cabo una operación artificial y trabajosa, que pretende escarbar en el origen de lo que nos ha sucedido.

## 2. EL JUICIO COMO IMPACTO DEL SER

En cambio, para don Giussani las cosas son, en cierto modo, más sencillas y están más unidas, porque para él (una de las cosas que me impresionó hace años y que he repetido muchas veces) el juicio no es algo añadido, sino que es el impacto que el ser produce en mí. El juicio no es algo añadido, sino que es contemporáneo a ese impacto. No es que las montañas os produzcan primero una cierta impresión y luego tengáis que reflexionar para llegar a decir que son bonitas: ¿alguno de vosotros ha hecho esta operación mental durante estos días? Ninguno. Simplemente os habéis sorprendido diciendo: «¡Qué bonitas son estas montañas!», «¡qué día tan estupendo!». ¿Sí o no? Cada uno puede comparar con la experiencia que ha vivido. Esto es: el juicio, decir que las montañas son bonitas (pero vale también para las cosas feas, duras o dolorosas), no es una operación mental artificiosa: se produce de forma contemporánea. Percibimos la belleza en el acto mismo del conocimiento, porque la realidad se hace transparente en la experiencia, y por tanto, como se hace transparente, hace capaz al yo de reconocerla, porque en este impacto del ser, la realidad, la belleza, hace emerger mi “yo” de tal manera que pueda reconocerla. No es que primero acuse el impacto y luego tenga que ir a buscar a alguien que me diga si son bonitas las montañas. No es que yo no sea capaz de juzgar. ¿Acaso a alguno se le ha ocurrido hoy acercarse a quien guiaba la excursión, después de haber recibido el impacto de las montañas, para preguntarle si eran bonitas? ¡Decimos cosas que no se sostienen! En la naturaleza misma de la experiencia existe esta contemporaneidad, hasta el punto de que, si no llego a formular un juicio, no doy razón de todo lo que estoy viviendo en ese momento. Si no digo «son bonitas», no digo toda la experiencia que estoy haciendo, al igual que si no digo «es feo» ante algo feo, no expreso toda la experiencia de repulsión que mi persona está viviendo. El juicio no es algo añadido, es ser leal con la experiencia que hago (pensad en lo correspondiente que es nuestro modo de cantar cuando estamos juntos).

«Lo que caracteriza a la experiencia es *entender* una cosa, descubrir su *sentido*. La experiencia implica, por tanto, la inteligencia

del sentido de las cosas»<sup>12</sup>. Y, ¿cuándo las comprendo? Cuando doy razón de todos los factores implicados en la experiencia. Por eso, cuando decimos que es algo artificioso, decimos algo que va contra la experiencia. Es necesario mirar esta experiencia elemental que hacemos ante la realidad, ante las montañas, ante el canto, para aprender. Los artificiosos somos nosotros, que no nos damos cuenta verdaderamente de lo que sucede cuando hacemos experiencia. Somos desleales cuando hablamos de la experiencia que hacemos ante lo que vivimos verdaderamente. Perdonad, pero, ante estas montañas, ¿es artificioso decir que son bonitas? ¿Es algo añadido? Acusar el impacto y todo lo que desencadena en nosotros, ¿es algo artificioso? No, lo artificioso es detenerse.

Me contaban que en unas vacaciones del CLU, durante una excursión, una persona que había visto la fila de los chicos caminando en silencio, les había preguntado: «Pero, ¿quiénes sois?». «Somos universitarios. Estamos aquí de vacaciones». «Sí, sí, pero, ¿quiénes sois?». «Estamos aquí, en el Valle de Aosta...». «Sí, pero, ¿quiénes sois?». «Somos de Comunión y Liberación». «¡Ah! Es impresionante veros subir en silencio». ¿Creéis que seguir preguntando era algo artificioso para ese señor? ¿Acaso alguien le había dicho que tenía que hacer el recorrido? ¿Alguien le había explicado que no hay experiencia si no se llega al juicio? No, pero no podía dejar de preguntar. Lo artificioso habría sido detenerse y no seguir preguntando.

¿En qué consiste esta experiencia? En la comparación rapidísima que hacemos de lo que probamos con las exigencias que constituyen nuestro corazón; y cuanto más bonito es lo que vemos, o cuanto más feo es, tanto más fácil resulta el juicio, más rápidamente afloran todas las exigencias y realizamos esta comparación rapidísima. Y cuanto más presente está lo humano, cuanto menos “piedras” somos, tanto más fácil resulta hacer esta comparación rapidísima. Es sencillo. Con gran genialidad, don Giussani nos describe una senda, un camino lleno de razonabilidad y al mismo tiempo de una

<sup>12</sup>L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 118.

sencillez desarmante: no hacen falta recorridos extraños, es algo normal para cualquiera, incluso para uno que está observando a los chavales que van de excursión. Y lo que hace brotar todas las exigencias de mi corazón con su curiosidad, lo que nos lleva al juicio, es la experiencia de esta comparación rapidísima con aquello con lo que nos topamos.

Es como si don Giussani nos hubiese ayudado a darnos cuenta, como en un vídeo a cámara lenta, de todos los factores implicados en la experiencia que hacemos de esta forma tan rápida, tan rápida que no nos damos cuenta, hasta el punto de que luego lo reducimos, porque el impacto que las cosas suscitan vuelve a despertar nuestras exigencias de tal forma que con estas exigencias podemos juzgar enseguida lo que tenemos ante nosotros; pero es tan rápido que no nos damos cuenta de todo lo que sucede en ese momento. Por eso –como hemos dicho en los Ejercicios de la Fraternidad– en el “yo” que se toma en serio lo que prueba emerge con sencillez el juicio. Debemos mirar –como él siempre nos enseña– la inmediatez de la experiencia para tener presentes todos los factores. Si no, según la moda de cada momento, el eslogan del momento, tomamos un factor u otro: después de “el juicio” vendría “la contemporaneidad”, después “la correspondencia”... una palabra cada vez, pero sin comprender todo el conjunto. La genialidad de don Giussani es que en vez de explicarnos cómo están unidas las palabras, ¡nos hace partir de la experiencia, en donde todo está unido! No tenemos que tratar de ponerlas juntas, ¡ya están juntas! Es más sencillo de lo que hacemos nosotros. Cuanto más brotan las exigencias ante la realidad, tanto más uno se da cuenta de que Dios es la explicación última de la experiencia humana (la religiosidad como dimensión inevitable de una experiencia auténtica).

### 3. LA TRAYECTORIA DE LA EXPERIENCIA

En este punto es inevitable hacer referencia al que quedará para siempre como el texto clave sobre la experiencia, el capítulo décimo de *El sentido religioso*, porque justamente allí tenemos la descripción completa de qué es la experiencia humana. En ese texto la experiencia

no se reduce al primer impacto, sino que se muestra que el primer impacto es el primer paso de un camino, de una trayectoria, y que para explicar ese primer impacto es necesario llegar a aquello que está implicado en ese impacto, es decir, Dios, es decir, el Tú. Pero si la experiencia consiste en esto, preguntémosnos, amigos: ¿cuántas veces hacemos experiencia de esto verdaderamente? Cada uno puede mirar en el último mes, en la última semana cuántas veces ha experimentado verdaderamente algo así, cuántas veces ha tomado conciencia de la realidad según todos los factores implicados en ese impacto inicial: de esta forma nos damos cuenta del tipo de reducción de la experiencia que realizamos, de eso que llamamos experiencia, y que hace que al final no exista conocimiento, no lleguemos a conocer. Podemos acercarnos, pero al final siempre es como un salto en el vacío: no es conocimiento y, por tanto, se convierte en algo voluntarista, añadido, lo sentimos como algo forzado. Y ahí empieza el dualismo: se ve que el “yo” no renace, es decir, que yo no adquiero un conocimiento verdadero, que no juzgo. Por eso, para comprender todo el alcance del capítulo décimo de *El sentido religioso*, hace falta un “yo” capaz de reconocer en el impacto de la realidad todo lo que existe, porque este capítulo –como decía– es la explicación plena de la experiencia. Porque, para don Giussani, decir «yo soy» con toda la conciencia, significa decir: «yo soy hecho» –«Así pues, ya no diré “yo soy” conscientemente, de total acuerdo con mi estatura humana, sino identificándolo con “yo soy hecho”»<sup>13</sup>–, es decir, implica a Dios. Por tanto, la experiencia no se caracteriza por una acumulación de impactos, de impresiones, de emociones, sino por una adquisición de conciencia, por un descubrimiento, por una comprensión del sentido. Sin un aumento de conciencia, de conocimiento de las cosas y de uno mismo, no puede decirse que se haya hecho experiencia. «De ahí la cantidad de acepciones inadecuadas, aunque frecuentes, de la palabra experiencia: por experiencia se entiende [en la lista que sigue a continuación hay sitio para todos nosotros] la reacción inmediata a determinadas

<sup>13</sup>L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 153.

propuestas, la multiplicación de vínculos por mera proliferación de iniciativas, la fascinación repentina o el disgusto por las cosas nuevas, la afirmación de una elaboración o de un esquema propios, un recuerdo del pasado que no revive como valor del presente, o hasta un acontecimiento que se cita con el fin de bloquear una aspiración o amortiguar un ideal»<sup>14</sup>. Es como si don Giussani hiciese una fotografía, no para flagelarnos, sino para aprender. Me interesa localizar dónde nos quedamos encajados, pues de otro modo no comprenderemos, no realizaremos un camino humano, y al final utilizaremos las palabras con el significado no de la experiencia que tenemos, sino del poder.

«Sin una capacidad de valoración, en efecto, el hombre no puede tener ninguna *experiencia* [si no existe verdadero conocimiento no hago experiencia]. [...] Es verdad que la experiencia coincide con el “probar” algo, pero sobre todo coincide con el juicio que se tiene sobre lo que se prueba»<sup>15</sup>. Son frases que hemos repetido muchas veces, pero todavía tenemos mucho que aprender. Y de nuevo nos recuerda, en *El camino a la verdad es una experiencia*, que «en toda experiencia auténtica se ven comprometidas la autoconciencia y la capacidad crítica (¡la capacidad de verificación!) del hombre»<sup>16</sup>. La autoconciencia: ¡cualquier cosa menos puro mecanicismo!

#### 4. LA PRUEBA DE LA EXPERIENCIA: DARNOS CUENTA DE QUE CRECEMOS

Si la experiencia consiste en juzgar lo que probamos, es decir, juzgar según los criterios originales y objetivos inmanentes a nuestra estructura humana –como hemos dicho en los Ejercicios de la Fraternidad–, ¿cómo podemos saber –preguntábamos ayer– que se ha emitido un juicio, es decir, que se ha producido el paso del mero probar a la experiencia? ¿En qué se ve que he hecho experiencia verdaderamente? ¿Cuál es la prueba de que se ha realizado una experiencia? Mirad lo que dice don Gius: la prueba de la experiencia es que me hace crecer. «La persona primeramente no existía: por

<sup>14</sup> L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 119.

<sup>15</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 20-21.

<sup>16</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 113.

eso lo que la constituye es algo *dado*, algo producido *por otra cosa distinta*. Esta situación original se repite a cada nivel del desarrollo de la persona [yo soy un dado-por, dado-por-otro]. Lo que provoca mi crecimiento no coincide conmigo, es algo distinto de mí. [Entonces, ¿qué es la experiencia?] *Concretamente, la experiencia es vivir lo que me hace crecer* [es aquello que desarrolla mi persona, es el incremento del “yo” del que hablábamos ayer]. La experiencia produce, por consiguiente, el crecimiento de la persona por medio del valor que se da a una relación objetiva. *Nota bene*: la “experiencia” conlleva, por tanto, el hecho de *darnos cuenta de que crecemos*<sup>17</sup>.

Darnos cuenta de que crecemos. Por eso no basta que sigamos relatando hechos, porque podemos seguir relatando hechos y no crecer, no darnos cuenta de que crecemos, y esto se ve por el hecho de que estamos perdidos ante las cuestiones que surgen, porque no existe verdadera experiencia. La experiencia no es sólo contar cosas, hechos: la experiencia conlleva darse cuenta de que uno crece. «Por eso no hay experiencia si el hombre no se da cuenta de que “crece” en ella»<sup>18</sup>. Esto es, no hay experiencia si no hace crecer, si no incrementa, si no hace más verdaderas las dimensiones que caracterizan el “yo”, que caracterizan su relación con la realidad, el conocimiento de sí mismo y de las cosas (conciencia y certeza del significado), su capacidad de adhesión y de manipulación creativa.

## 5. EL TRIPLE FACTOR DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Somos conscientes y estamos seguros de que hacemos experiencia si se produce un incremento de la persona. La alternativa a este incremento de mi “yo” es que uno se vuelve viejo y vacío. He aquí lo que nos jugamos en esta cuestión: o un camino humano que nos lleva cada vez más a participar en la aventura del conocimiento con todo lo que ello implica, o el vacío, la nada y, por tanto, el aburrimiento. No se trata de romper el “encanto”, sino de no perder la posibilidad del “encanto” para siempre. Porque lo que nosotros llamamos “encanto” es el aspecto más fugaz, que se desvanece rápidamente.

<sup>17</sup> L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 117.

<sup>18</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 112.

Por eso, muchas veces –como hemos dicho en los Ejercicios de la Fraternidad– hemos visto cosas preciosas, pero un instante después, cuando sobreviene la fatiga, todo se desvanece. Es como si nosotros –como decía el profeta Oseas– no comprendiésemos. ¿Y en qué se ve que no comprendemos? En que, después, pensamos que se esfuma. Y como no hemos captado lo que hemos experimentado, no hemos juzgado, no hemos comprendido qué es la experiencia que hemos hecho –de hecho, para nosotros el Misterio no está implicado en el conocimiento– pensamos que se esfuma. Pero esto no sucede porque no seamos capaces o porque no seamos realmente buenos, no: sucede por una falta de conocimiento.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora –que es verdad con respecto a la experiencia en general, empezando por el acontecimiento como factor generador de la experiencia– es verdad en grado máximo por lo que respecta a la experiencia cristiana: «La experiencia cristiana y eclesial surge en la unidad del acto vital [unidad del acto vital, antes que cualquier otra cosa: es impresionante esta capacidad de don Giussani de percibir las cosas en su momento original y ser consciente de todo lo que está implicado en este punto original, en esta unidad del acto vital (pensemos en el encuentro)] que resulta de tres factores diferentes: a) *El encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona que tiene la experiencia; hecho cuya realidad existencial [ya desde los apóstoles] consiste en una comunidad que se expresa sensiblemente, tal como ocurre con cualquier realidad íntegramente humana; comunidad en la cual la voz humana de la autoridad, manifestada en sus juicios y directrices, constituye el criterio y la forma [de esta forma describe la objetividad de lo que yo encuentro, algo que es independiente de la persona]. No existe ninguna versión de la experiencia cristiana, por muy interior que sea, que no implique, al menos en última instancia, este encuentro con la comunidad y esta referencia a la autoridad»<sup>19</sup>. Se trata de una prioridad absoluta de la realidad. Don Giussani hablaba del impacto con algo exterior, como el impacto de los discípulos

<sup>19</sup>L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 120.

con Algo que estaba fuera de ellos mismos, el encuentro con Jesús: «*El toparse del hombre con una presencia humana diferente, con una realidad humana diferente*»<sup>20</sup>. No demos por descontado este impacto, porque, como me contaba de sí mismo uno de los responsables del movimiento en Italia, a veces podemos pensar: «¡Ah, el encuentro! Ya sé lo que es», y poco a poco terminamos hablando de otras cosas, todas verdaderas, pero saltándonos este toparnos, este impacto. Nos saltamos continuamente el primer impacto con la realidad, todos podemos reconocerlo en nuestra experiencia. ¡Pero no podemos permitir que éste llegue a ser el método! Porque uno puede incluso haber hecho un camino, pero luego, cuando lo explica, como no se ha dado cuenta de su crecimiento, lo cuenta ya reducido, cambiando sus connotaciones: la experiencia era verdadera tal cual, pero nosotros la explicamos, la contamos, la reflejamos de otra forma. Esto quiere decir que uno no ha percibido su propio crecimiento.

Segundo factor: «b) El poder de percibir adecuadamente el significado de ese encuentro [y esto se da—dice Giussani— en la unidad del acto vital, y no después, cuando caemos en la cuenta de lo que ha sucedido]. El valor del hecho con el que nos topamos trasciende la fuerza de penetración de la conciencia humana, y requiere, por consiguiente, un gesto de Dios para su comprensión adecuada. De hecho, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano [¡atención!] exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama *la gracia de la fe*»<sup>21</sup>. La gracia de la fe es el acontecimiento que tengo ante mí, con el cual estoy implicado en ese acto vital, en el que la Presencia exalta mi capacidad cognoscitiva para adecuar la agudeza de mi mirada humana a esa realidad excepcional que tengo ante mí, de forma que pueda comprender su significado. Impresionante. Se llama “gracia de la fe”, que no es algo que caiga de no se sabe dónde: la gracia es su Presencia, es la contemporaneidad de Cristo ahora, que se halla en una realidad humana, en una humanidad diferente;

<sup>20</sup> L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 10, noviembre 2008, p. 1.

<sup>21</sup> L. Giussani, *Educare es un riesgo*, op. cit., pp. 120-121.

tiene la capacidad de exaltar mi capacidad cognoscitiva, ensancha la razón para adecuarla a la excepcionalidad que tengo ante mí y poder así comprender su significado; porque sin comprender el significado de esta excepcionalidad no entiendo qué es el encuentro. Y como no lo hemos comprendido, con el tiempo nos entran ganas casi de que desaparezca, porque no hemos comprendido lo que hemos encontrado.

Tercer factor: «c) La *conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del Hecho con el que nos topamos [es decir, de la Presencia excepcional que yo percibo] y el significado de nuestra existencia –entre la realidad cristiana y eclesial y nuestra persona–, entre el Encuentro y nuestro destino. Es la conciencia de esta correspondencia lo que verifica ese crecimiento de uno mismo que es esencial en el fenómeno de la experiencia [humana]. También en la experiencia cristiana, es más, de modo máximo en ella, aparece claro cómo en toda auténtica experiencia está comprometida también la autoconciencia y la capacidad crítica del hombre y cómo una experiencia auténtica estará bien lejos de identificarse con una impresión que se ha tenido o de reducirse a una repercusión sentimental. En la experiencia cristiana el misterio de la iniciativa divina valora esencialmente la *razón* del hombre [exalta la capacidad cognoscitiva del hombre] cuando él lleva a cabo esa “verificación”. Y en esta “verificación” es donde se demuestra la *libertad* humana; porque registrar y reconocer la correspondencia exaltante que hay entre el misterio presente y el dinamismo propio del hombre es algo que no puede producirse más que en la medida en que esté presente y viva esa aceptación de nuestra dependencia fundamental, del esencial “estar siendo hechos”, aceptación en la que consiste la sencillez, la “pureza de corazón” y la “pobreza de espíritu”. Todo el drama de la libertad reside en esta “pobreza de espíritu”; y es un drama tan profundo que puede pasar inadvertido»<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 121.

*Sábado 22 de agosto de 2009, mañana*

1. Toda la confusión o la inseguridad que hay en nuestro interior no son capaces de derrotar la belleza de lo que hemos escuchado y vivido en estos días, pues todos nos hemos visto aferrados por la imponencia de la belleza. Y la posibilidad de esperanza para nosotros es que esto vuelva a suceder, que siempre vuelva a suceder algo que pueda vencer nuestra confusión y nuestra inseguridad, porque—como hemos dicho— nuestra confusión y nuestra inseguridad tienen una razón de ser: la falta de juicio, la experiencia reducida únicamente a probar y a simple reacción ante lo que se prueba. ¿Por qué prevalece continuamente en nosotros una falta de juicio, a pesar de las muchas experiencias de liberación que tenemos, que hemos vivido en estos días? Lo digo rápidamente: por una falta de método.

Se me ha quedado grabado un episodio que me sucedió en casa de una profesora amiga mía en Barcelona. Allí me encontré con dos chicas que cursaban el último año de bachillerato. Les pregunté: «Y vosotras, ahora que termináis los estudios, ¿podéis comunicar alguna certeza sobre las matemáticas?». Me respondieron enseguida: «Sí». «¿Y sobre la vida?»... Silencio. Se quedaron calladas. Y no es que no hubiesen vivido, al contrario, habían vivido muchas más horas que todas las horas de matemáticas que habían tenido. ¿Cuál era la diferencia? Que para las matemáticas habían aprendido un método que les permitía construir poco a poco un conocimiento, de tal forma que, al final de un recorrido, podían tener certezas que comunicar; pero sobre la vida no, nadie había puesto en sus manos un instrumento que les permitiera hacer un recorrido, alcanzar una certeza. Por eso ya a su joven edad comenzaban a estar viejas y vacías, porque todo lo que les había sucedido no les hacía tener más certeza.

Por tanto, ante la pregunta: «¿Es posible vencer la confusión, o debemos resignarnos a vivir inseguros y confundidos?», la decisión que debemos tomar es si queremos hacer un camino de modo que

todo lo que vivamos se convierta verdaderamente en experiencia, o bien nos contentamos con cualquiera de las reducciones de las que hemos hablado en estos días. Vemos con frecuencia entre nosotros, lo tocamos con la mano, que no sirve repetir un discurso, por muy justo que sea, que no basta con una “lógica de grupo” (como decía don Giussani en el último libro que se ha publicado con los *équipes* del CLU<sup>23</sup>). Necesitamos hacer una experiencia personal. Pero lo más impresionante, amigos, es que ésta era la convicción de don Giussani desde el primer momento: «Siempre he dicho a mis alumnos desde la primera hora de clase que di: “No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os voy a decir. Y las cosas que os voy a decir son una experiencia que es el resultado de un largo pasado de dos mil años”»<sup>24</sup>. Ya desde el inicio era consciente de que no era suficiente la imponencia de su persona, de su testimonio: era necesario poner el “yo” en movimiento, para que uno mismo pudiese juzgar desde el primer instante. Cuando un joven escucha que alguien le dice esto, experimenta la exaltación de su propia persona. Que es algo bien distinto de cuando el “yo” desaparece por la exaltación de un cierto mecanicismo o por la pertenencia a un grupo; se trata justamente de tomarse en serio al sujeto, de forma que pueda tener en su mano un método que le permita juzgar lo que se le propone. Y prosigue: «El respeto de este método ha caracterizado desde que empecé mi compromiso educativo, indicando con claridad su objetivo: mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida [he aquí el por qué de la insistencia en el juicio]. Por mi formación primero en la familia y en el seminario, y por propia meditación después, me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella [...]. Mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida y, por consiguiente –este “por consiguiente” es importante para

<sup>23</sup> L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, Bur, Milán 2009, pp. 269-337.

<sup>24</sup> L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 19.

mí-, mostrar la racionalidad de la fe, implica un concepto preciso de racionalidad. Decir que la fe exalta la racionalidad quiere decir que la fe corresponde a las exigencias fundamentales y originales del corazón de todos los hombres. En efecto, la Biblia, en lugar de utilizar la palabra “racionalidad”, utiliza la palabra “corazón”»<sup>25</sup>.

Desde la primera hora... es impresionante volverlo a escuchar después de años, después de todo lo que hemos visto en estos días. Don Giussani era consciente de que si él no hubiese conseguido poner al “yo” en movimiento, todo habría sido inútil; era consciente de que el testigo no era suficiente, y de que la prueba de la grandeza del testigo es la capacidad de poner en movimiento al sujeto, es decir, su razón y su libertad. Todo lo que quería entonces –y lo que quiere de nosotros hoy– es precisamente el renacimiento del “yo” en cada uno de nosotros, porque Cristo ha venido justamente para esto, para que nuestro “yo” renazca. Era su anhelo continuo, casi obsesivo: que se vuelva nuestro todo aquello en lo que nos ha implicado. Y la clave es el juicio; es el juicio lo que permite que algo que hacemos llegue a ser experiencia.

Pero hemos visto cuánto nos cuesta comprender qué es la experiencia, y qué es el juicio. Decimos continuamente “juicio” sin darnos cuenta de lo que decimos: por ejemplo, no nos hemos dado cuenta de que decir «ni siquiera esto me basta» es un juicio, es decir, ha implicado una comparación, aunque sea rapidísima, entre algo que nos ha sucedido y nuestro corazón. Y si yo no me doy cuenta de ello, entonces es inútil para la vida. Y decir «he visto a un hombre contento» es, de nuevo, un juicio; y decir «esto corresponde finalmente a las exigencias de mi yo» es otro juicio. ¡Ni siquiera nos damos cuenta de que estar aquí ha requerido un montón de juicios! Vemos y tocamos con nuestras manos esta reducción de la experiencia.

2. Entonces, ¿existe alguna posibilidad para nosotros? Existe una posibilidad, amigos, existe una posibilidad: partir de la experiencia.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 19.

Miremos juntos –como hemos dicho hace un minuto– la experiencia que hemos vivido estos días. Toda nuestra confusión no ha sido capaz de evitar que reconozcamos la belleza de las montañas, o de los cantos, o de los testimonios, o la imponencia de ciertos gestos. Y esto parece poco, pero es muchísimo, es una grieta en medio de la confusión: la confusión puede ser derrotada, y en algunos momentos durante estos días y durante este año hemos vivido esa victoria. No hemos asistido únicamente a ciertas lecciones o a ciertas cosas, a una serie de iniciativas con las que hemos llenado el tiempo: hemos vivido la experiencia de esta victoria sobre la confusión. Es posible vivir una experiencia que tenga dentro de sí el juicio de reconocimiento al que podemos adherirnos como a algo verdadero. Porque el juicio –como hemos visto– no es algo intelectual, para personas que se complican la vida, sino que es el reconocimiento de lo que tenemos ante nuestros ojos hasta llegar a su implicación última, es la forma humana de relación con la Presencia que se manifiesta ante nosotros. El juicio es una respuesta, es el acontecimiento de la respuesta a la provocación de la Presencia, es el modo con el que la razón percibe la realidad en su significado. Por tanto, la falta de juicio equivale a la falta del “yo”, a la falta de mi mirada, de mi conciencia, y por este motivo no existe conocimiento, sólo existe reacción.

Se percibe la dificultad que tenemos porque el juicio nos parece todavía un acto intelectual, que parte de cero, como una producción autónoma y espontánea del intelecto, no como el “impacto” del ser que implica el movimiento del “yo”, despertado por la irrupción de algo distinto. Y, como hemos visto, esta experiencia elemental que hemos vivido en estos días es lo que don Giussani nos propone. No es que don Giussani tenga algún pozo secreto de donde extrae las ideas; sencillamente es tan leal con la experiencia que tiene, percibe de forma tan poderosa todos sus factores, es tan hombre, está tan presente en lo que hace que nos ayuda a todos a percibir lo mismo, hasta el punto de que si no estuviésemos con él, probablemente no tomaríamos conciencia de lo que sucede en este rapidísimo acontecimiento, en esa unidad. En esto consiste la compañía que don Giussani sigue siendo para nosotros. Pero lo que don Giussani

nos dice es la explicitación, el hacerse consciente en él y, por tanto, en nosotros, de lo que sucede, de lo que todos experimentamos si partimos de la experiencia.

Por eso, a medida que ha ido pasando el verano con sus distintos encuentros, me he dado cuenta de que existe una confusión entre la intención de seguir y el seguimiento real de don Giussani. Todos nosotros tenemos la buena intención de seguir (de hecho estamos aquí). Pero no es suficiente, porque una cosa es la intención y otra cosa es esa comparación estrecha entre lo que nosotros hacemos y lo que él dice que exige el seguimiento.

Se me hizo evidente de una forma imponente cuando escuché a una chica contar cómo se había tomado en serio el capítulo décimo de *El sentido religioso* y había empezado a hacer la comparación: ¡era un espectáculo! Es decir, no era un genérico «leo el capítulo y luego, en el fondo, al segundo después de haber terminado, sigo partiendo de lo que se me ocurre», que es lo que solemos hacer después de leer los textos. Ella había empezado a hacer una verificación estrecha entre la forma que tenía de moverse y el texto, y volvía a leer para ver, para juzgar, para hacer la comparación entre cómo se había movido y lo que dice don Giussani. Y ella misma se había quedado asombrada por lo que estaba sucediendo, porque en poquísimo tiempo había hecho un camino enorme. Y yo me he dado cuenta de que nosotros muchas veces creemos que seguimos, porque tenemos la intención de seguir, pero la intención de seguir no es seguir, es un requisito para seguir, pero no es suficiente. Cada uno debe tomar posición ante esto, pues de otro modo no superaremos las dificultades que hemos visto; nos limitaremos a aplazarlas.

Seguir a don Giussani es hacer una experiencia humana, es decir, no sólo probar, sino emitir un juicio. ¿Por qué nos insiste tanto don Giussani sobre esto (a nosotros, que somos como los demás, que estamos impregnados de la mentalidad mundana como todos)? Porque se da cuenta de que sólo «la evidencia de la experiencia»<sup>26</sup> puede convencerte, puede ayudarte a comprender otra modalidad y a

<sup>26</sup>L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, Bur, Milán 2003, p. 56.

no percibirla como extraña a ti, como si para seguir a alguien tuvieses simplemente que arrancarte tu libertad y tu razón. No. Sólo si ves la evidencia que sale a la luz en la experiencia puedes sorprenderte diciendo: «Esto es lo que humanamente me conviene, esto es lo que resulta más razonable hacer, esta es la correspondencia». Si no es así, como sucede siempre, nosotros mantenemos la intención de seguir, pero la mentalidad es la misma de todos: tenemos la intención de seguir a Giussani, pero la mentalidad es la de todos, y tenemos muchísimos indicios de esto (desde el caso de Eluana a todos los problemas que han surgido en estos días en nuestras conversaciones y que afectan a todos los continentes).

3. Uno de vosotros me decía ayer: «Muchos de nuestros amigos no están definidos por el encuentro que han tenido: su “pertenencia” y mentalidad de origen define más su propio yo que el encuentro que han tenido». Dentro de nuestra dificultad para comprender la necesidad del juicio, emerge algo más profundo, que es una concepción de la fe que indica que, a pesar de todo, ésta no es una experiencia, no es una experiencia capaz de incidir. A veces tengo la impresión de que es como si deseáramos que la fe fuese algo parecido a una transfusión de sangre, algo mecánico en donde no exista el “yo”. ¡Pero esto va contra la primera hora de clase de don Giussani! ¡Y contra todas las que vinieron después! Es decir, no basta ni siquiera estar juntos, no basta la lógica del grupo, porque como mentalidad pertenecemos a otro lugar.

Como decía en el prólogo que he escrito para *Qui e ora*, citando a Dostoievski, podemos comprender en esta situación el alcance de su pregunta: «“Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, realmente creer, en la divinidad del hijo de Dios, Jesucristo?”. Tal vez nadie mejor que Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* ha planteado de forma sintética y perentoria el desafío ante el cual se encuentra el cristianismo en la modernidad. Don Giussani tuvo el valor de medirse con este desafío histórico, radicalizándolo aun más, si cabe. De hecho, apostó todo por la capacidad de su propuesta educativa de generar un tipo de sujeto cristiano tal que, aunque

*todos se marchasen, ¡todos!, aquellos que tuviesen esta dimensión de conciencia personal [que la fe genera] no podrían hacer otra cosa que volver a empezar solos»<sup>27</sup>.*

Esa conciencia personal, esta dimensión de conciencia personal puede describirse como la conciencia de una pertenencia, de la pertenencia a Cristo. Para don Giussani resulta evidente que, si sucediese lo que él dice –que todos se marchasen–, ninguno podría apoyarse en una lógica de grupo. Si uno se quedase solo, necesitaría el «paso de la lógica de grupo a la dimensión de conciencia personal como pertenencia»<sup>28</sup> para poder afrontar el desafío. Porque nosotros muchas veces, en ciertos lugares, debemos empezar solos desde el inicio, estamos solos en el trabajo, o debemos afrontar solos muchas situaciones. En tales situaciones, ¿se mantiene en pie la persona por sí misma, o necesita tener al lado al grupo? ¿Es posible generar una criatura nueva, que tenga una conciencia que nazca del encuentro que ha tenido, un sujeto cristiano capaz de volver a empezar de cero?

Don Giussani, que es plenamente consciente del desafío histórico y de la reducción a la que sometemos la experiencia y la fe –porque ésta es la cuestión–, desafía toda nuestra resistencia (de entonces y de ahora) ante el término “experiencia”, para volver a proponer el cristianismo en su originalidad, en su naturaleza, en sus aspectos elementales. A través de la palabra “experiencia” se afirman y defienden los elementos esenciales del cristianismo y de la fe, contra las reducciones fideísta-espiritualista y ética.

Como hemos visto, el punto de partida de la fe es un acontecimiento, el encuentro con un hecho objetivo, no una doctrina o una cultura abstracta, o bien un pasado, sino una presencia real, aquí y ahora, el fenómeno de una humanidad distinta, que es la única que corresponde a la naturaleza de lo que sucedió al comienzo. Don Giussani nos ha remitido constantemente al que será para siempre el canon de lo que es el cristianismo: el encuentro de Juan y Andrés. La suya

<sup>27</sup> J. Carrón, *Passare da una logica di gruppo a una dimensione di coscienza personale*, en L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. I.

<sup>28</sup> L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 307.

fue una experiencia, porque pudieron decir: «Hemos encontrado al Mesías»<sup>29</sup>. Ellos dieron un juicio ante aquella excepcionalidad. Había una aparente desproporción entre lo que sucedió y ese juicio de excepcionalidad. ¿Por qué es posible dar un juicio tan rápido (como el que hemos dicho en estos días ante las montañas)? Porque cuanto más excepcional es, tanto más fácil resulta dar este juicio de excepcionalidad; porque cuanto más excepcional es, tanto más salen a la luz todas las exigencias de mi razón, de mi libertad (de belleza, de verdad, de justicia), y esto permite percibir la excepcionalidad. Y justamente porque el cristianismo es un hecho objetivo totalmente excepcional que sucede ante nosotros, y que exalta nuestro “yo”, desencadena toda la capacidad crítica de la que hablábamos en estos días, toda la capacidad de la razón. Es más, es esta exaltación de la razón y de la libertad la que prueba que existe la excepcionalidad (ante lo que no es excepcional no me altero, no hago ni siquiera un gesto). Es decir, se demuestra que es excepcional porque me mueve, me aferra y me lleva a juzgar, me facilita el juicio, es decir, exalta mi “yo”, porque –esto es lo impresionante– el interlocutor de esta excepcionalidad es el corazón, no es lo que yo pienso, no es mi cultura, mis ideas o todo lo que yo superpongo, es decir, mi confusión. Nada puede impedir el diálogo, el desafío que esa excepcionalidad provoca en el corazón, que se abre camino en medio de la confusión. Si no fuese así, sería inútil estar aquí, tendríamos que resignarnos a no poder salir de esta situación.

Mirar lo que ha sucedido en nosotros durante estos días es lo que podrá convencernos de la oportunidad que tenemos, es decir, de que es posible la generación de un sujeto si cada uno es leal con ese acontecimiento que le permite hacer una experiencia así. Esta Presencia excepcional se dirige al corazón, lo provoca, lo desafía, mueve toda nuestra humanidad, la pone en juego, compromete nuestra razón hasta el punto de exigir un juicio nuestro. Lo artificioso sería detener este proceso. Sin este juicio el encuentro no llegará a ser una experiencia nuestra y la adhesión de la fe no será razonable. «De

---

<sup>29</sup> *Jn* 1, 41.

hecho, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama *la gracia de la fe*<sup>30</sup>. Expresado de forma más teológica: «La fe es el “reconocimiento” de que Dios se ha convertido en un factor de la experiencia actual. En cuanto “reconocimiento”, es un acto de la razón, un juicio, no un sentimiento o un estado de ánimo. La fe representa el pleno cumplimiento de la razón humana»<sup>31</sup>, que se hace posible por la presencia contemporánea de Cristo, que se hace experimentable a través de una realidad humana.

Si no se trata de un juicio, la fe es un espiritualismo o un sentimentalismo. En el fondo, es una fe sin motivos adecuados, no es humana, y se ve que no es humana porque se derrumba enseguida, porque no me determina, porque no incide, porque mi situación original (mi tradición religiosa, familiar, cultural o de la tribu) es más decisiva que ella. Al final, no existe la posibilidad de un sujeto distinto. Pero esta excepcionalidad no te impacta y te deja como estabas antes, sino que despierta en ti todas tus exigencias y te hace más fácil el reconocimiento. Por eso, el juicio es la clave de la experiencia: desvela si esa excepcionalidad ha sido capaz de despertar el “yo” con toda su capacidad hasta llegar al juicio. Está claro que no nos basta con el testigo, pero también lo está que el “yo” no puede llegar hasta ahí sin el testigo. No pueden contraponerse ambos, porque la prueba es que el testigo me despierta (y aquí se halla la concepción auténticamente católica de la fe): aquí se ve si la presencia de Cristo es capaz de volver a despertar al “yo” y de poner en movimiento toda la capacidad humana para generar una criatura nueva, o bien si, por el contrario, en nosotros sólo hay una afirmación de Cristo por la que Él, aún siendo afirmado continua e insistentemente, resulta incapaz de cambiar al “yo”. Esto pone de manifiesto la incidencia frecuente de una cierta mentalidad protestante. Si la fe no es católica, si no es según la

<sup>30</sup> L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., pp. 120-121.

<sup>31</sup> L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 38-39.

perfección que coincide con la naturaleza del acontecimiento tal como se ha producido, entonces es inútil, es decir, podemos marcharnos a casa y dejar de perder el tiempo. Es ahí, cuando uno realiza este camino, donde percibe la conveniencia humana, la correspondencia de ese acontecimiento con su humanidad. Pero nosotros, de nuevo, podemos estar ante hechos imponentes y no caminar, y al final es como si no sirviese, porque no hace crecer el “yo”.

4. La prueba de la fe (esta experiencia humana en la que está implicado todo el “yo”) es la memoria. Para terminar, quiero que todos escuchemos de nuevo este pasaje de la Escuela de comunidad: «Juan y Andrés tenían fe, porque tenían certeza de una Presencia que experimentaban: cuando estaban allí, en el primer capítulo de San Juan, sentados en su casa, al atardecer, mirándolo hablar, tenían la certeza de una Presencia, la experiencia de algo excepcional, de lo divino en una presencia humana. Luego –añado yo– se fue cada uno a dormir a su casa: Andrés con su mujer y Juan con su madre. Fueron a su casa, cenaron en su casa, durmieron en su casa, se levantaron y fueron a pescar con sus compañeros. Lo que habían visto la tarde anterior dominaba en su cabeza, ¿sí o no? Sí ¿Lo veían? No. El hombre tiene la experiencia de una presencia no sólo cuando la toca, nariz contra nariz; más aún, querer experimentar una presencia de ese modo, normalmente favorece algo inútil, da pie a una relación que no se mantiene –como pasa normalmente entre chicos y chicas– y, aún cuando se mantenga, no se mantiene. Por el contrario, entre el día anterior y el mediodía –cuando volvieron a casa con las barcas llenas de pescado y se sentaron allí, en la playa, y seguían contando cosas de la jornada anterior–, había una continuidad, entre aquella tarde y el día siguiente se daba una continuidad: la memoria. La memoria es la continuidad de la experiencia de algo presente, la continuidad de la experiencia de una persona presente, de una presencia que no tiene ya las cualidades y la inmediatez de cuando uno agarra la nariz de otro y tira de ella, y tira, y tira..., o bien, agarra los cabellos y tira, como hacen los niños con su madre. Ésa inmediatez no es decisiva, en absoluto, para la profundidad y la seguridad de la relación.

Aunque no lo hubieran visto más durante tres semanas, el deseo que dominaba en aquellos dos era volver a verlo, porque estaba claro que era Él, que Él era Él; no sabían quién era, pero era Él. La memoria es la conciencia de una Presencia. Es necesario distinguir cuándo comenzó esta Presencia del modo como continúa. Cuando comenzó se veían sus cabellos y, como había viento, los cabellos se revolvían delante de sus ojos, y Él, instintivamente, se los quitaba de la cara. Pero al día siguiente ya no había viento y no tenían delante aquel rostro; sin embargo, estaba presente, y después de una semana aquella Presencia era todavía una presencia, y pasado un mes seguía siendo una presencia; aunque hubieran pasado tres años sin volver a verlo, toda su vida habría estado desgarrada por el deseo de ver de nuevo sus cabellos agitados por el viento: era Él, con seguridad absoluta. El último [...] pensamiento que se les hubiera ocurrido a aquellos dos, aunque no lo hubieran visto más durante seis meses, habría sido la duda de que fuera una ilusión. Jamás se les hubiera ocurrido que había sido una ilusión: si lo has visto así... ¡es imposible que se te ocurra dudar! [Uno que ha hecho una experiencia así... imposible: si se nos ocurre que haya podido ser una ilusión, es porque no hemos hecho esta experiencia]. En lugar de Él con los cabellos agitados por el viento, en lugar de verlo hablar moviendo los labios, ahora se te acerca con nuestras presencias, que son como frágiles máscaras, con la piel frágil, frágiles máscaras de algo potente que está dentro, que es Él; que no soy yo, ni él, ni tú, y, sin embargo, pasa a través de mí, a través de ti, y a través de él. Y lo que estamos diciendo hoy no te lo dice nadie. No es mío, es de Aquel que Andrés y Juan vieron aquella tarde hablar allí; hablaba, y hablaba, y así, venciendo el tiempo y el espacio, te ha hablado hoy aquí, y te hablará pasado mañana y dentro de diez años»<sup>32</sup>.

<sup>32</sup>L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 224-225.